

# UNA SINFONÍA QUE CONTINÚA

Fr. FRANCESCO D. COLACELLI

Tres citas en sólo cinco meses de pontificado. También Benedicto XVI, como había hecho su predecesor, parece orientado a proponer al Padre Pío como modelo privilegiado para los cristianos del tercer milenio. El 23 de septiembre, hablando a los dependientes de las villas pontificias, ha puesto de manifiesto «el amor a la Eucaristía y al Crucificado y el espíritu de docilidad a la Iglesia, que animaron toda su vida». Cinco días antes lo ha indicado como ejemplar santo ministro del Altar, que «cuando celebraba la santa misa, revivía con tal fervor el misterio del Calvario, que edificaba la fe y la devoción de todos». Y de «los estigmas que Dios le donó» dice que «eran expresión de su íntima configuración con Jesús crucificado». El 20 de agosto, en Colonia, durante la Jornada Mundial de la Juventud, ha invitado a los jóvenes a contemplarlo, junto a otras figuras ejemplares de santos, para aprender «lo que significa “adorar” y lo que quiere decir vivir a medida del Niño de Belén, a medida de Jesucristo y de Dios mismo».

No es la primera vez que un Papa expresa la propia admiración hacia nuestro Santo. Es conocida la de Juan Pablo II, basada en el conocimiento personal, humano y místico. Ya Benedic-

to XV estaba convencido de que «verdaderamente el Padre Pío era un hombre extraordinario, uno de aquellos hombres que Dios manda de cuando en cuando a la tierra para atraer hacia sí al género humano». Otro pontífice «místico», Pío XII, ha invitado a «muchos a visitar al Padre Pío, porque estaba convencidísimo de que cada uno recabaría de tal encuentro un beneficio espiritual». Una vez, hablando con el escultor Francesco Messina, habría dicho: «el Padre Pío es un grande santo... Ciertamente es un hombre santo». Con mucha frecuencia oímos la famosa expresión de Pablo VI que, en 1971, definió al Fraile estigmatizado del Gargano un «fiel representante de las llagas de nuestro Señor». Cada una de estas manifestaciones de afecto, de estima, de admiración, de devoción es importante. Sobre todo porque proviene de la autoridad suprema de la Iglesia, elegida para este ministerio por el Espíritu Santo. Pero en las palabras de Benedicto XVI habla no sólo el Vicario de Cristo, habla también el teólogo reconocido y el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, es decir aquel Santo Oficio que tan meticulosamente trató de discernir los misterios del Padre Pío, en vida y después de su muerte. Además entre este Pontífice y nuestro santo Hermano de há-

bito se da una grande sintonía espiritual. Baste pensar en la reciente invitación del Papa Ratzinger, del 6 de octubre, con ocasión del 40º aniversario de la aprobación, por el Concilio Vaticano II, de la Constitución dogmática sobre la divina revelación *Dei Verbum*. Una invitación a redescubrir «la Palabra de Dios que, por la acción del Espíritu Santo, guía a los creyentes hacia la plenitud de la verdad» porque «la Iglesia no vive de sí misma, sino del Evangelio; y del Evangelio extrae siempre orientación para su camino». Ya en 1914, o sea 61 años antes de la *Dei Verbum*, el Padre Pío, en carta a Raffaellina Cerase, recomendaba leer «asiduamente la Sagrada Escritura y aquellos libros que tratan de las cosas de Dios» o, por lo menos, de escucharla «por medio de los oradores sagrados, confesores, etc.».

De acuerdo con las enseñanzas de estos dos grandes maestros, para las próximas fiestas os deseo que encontréis, en las páginas del Evangelio, el gozo auténtico de la Navidad, mucho más satisfactorio del que, transitorio, procede de las luces, de una mesa abundante o de los dulces típicos de estos días. ■